

VIEJO DESARROLLO Y NUEVAS FRONTERAS DE LAS ALTERNATIVAS EN AMERICA LATINA

Ponencia para el panel “Alternativas Feministas y sustentables al extractivismo: nuevas alianzas y demandas de transformación local y global”, en el marco de la 2ª Consulta Regional “Los vínculos entre la Justicia Económica, Ecológica y de Género en América Latina”. DAWN. Montevideo, del 16 al 18 de Agosto de 2013.

Eduardo Gudynas

CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social),
Montevideo, Uruguay – egudynas@ambiental.net / Twitter: @EGudynas

El debate actual sobre los extractivismos en América Latina ha servido para poder dejar en evidencia tanto rupturas como continuidades en las estrategias de desarrollo que siguen los gobiernos, y el apoyo ciudadano que éstas despiertan. En el presente documento se ofrecen comentarios y apuntes sobre algunas tendencias recientes. En especial se considera los problemas que implica cuando los gobiernos progresistas se consideran a sí mismos la única alternativa posible.

Diversidades en el desarrollo

Las estrategias de desarrollo actualmente en marcha en América Latina ofrecen, a primera vista, diferencias sustanciales. Se mantienen, por un lado, posturas conservadoras, como pueden ser los gobiernos de México, Colombia, Chile o Perú. En ellos se observa una primacía del mercado, el Estado actúa en segundo plano, ofreciendo cobertura y apoyos a los emprendimientos económicos, y se mantienen muchos elementos autoritarios.

Por otro lado, los gobiernos progresistas representaron cambios importantes, que muy esquemáticamente se pueden resumir en el retorno del Estado en varios niveles, intentos de mayores controles sobre el mercado, y una apertura política hacia los sectores populares, incluyendo en algunos países a indígenas y campesinos. Estos son los casos de Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, Uruguay y Venezuela.

Bajo las miradas convencionales, conservadoras o de entonación neoliberal, el desarrollo era sobre todo una consecuencia del mercado. En cambio, de la mano del progresismo resurgieron los debates sobre el desarrollo, incluyendo elaboraciones sobre los llamados “socialismo del siglo XXI”, “novo desenvolvimiento”, “desarrollo nacional popular”, etc.

En este plano de análisis nos encontramos con una variedad de estrategias de desarrollo, donde algunas insisten en su fidelidad a la economía global, y otras exhiben una retórica de rompimiento con ese capitalismo.

Debe tenerse presente, además, que los gobiernos progresistas ampliaron en unos casos, innovaron en otros, sus acciones para reducir la pobreza. Entre las más conocidas se encuentra la diseminación de transferencias monetarias condicionadas, usualmente mensuales, a los sectores más pobres. En casi todos esos países, la pobreza se redujo sustancialmente en los últimos años.

El énfasis extractivista

Por otro lado, en todos esos países, los sectores extractivistas se han profundizado o expandido. En la definición que se sigue aquí, el extractivismo es un tipo de apropiación de recursos naturales, de gran intensidad o grandes volúmenes, que son exportados en un 50% o más, como materias primas sin procesar. Es por lo tanto un sector claramente globalizado, y sus ejemplos más claros son la megaminería, petróleo y monocultivos como la soja.

En casi todos los países se ha profundizado la extracción de recursos naturales para su exportación. Se han registrado incrementos notables en minería y agroalimentos. Paralelamente, distintos países buscan expandir el extractivismo a nuevos rubros (por ejemplo, el ingreso de la megaminería en Ecuador y Uruguay). Brasil, se ha convertido en el mayor exportador minero, con un volumen que casi triplica a todos los demás países sudamericanos sumados. Los gobiernos progresistas han llevado adelante esta expansión de manera distinta a cómo lo hacen las administraciones conservadoras, especialmente en sectores como hidrocarburos. En varios casos se observa una mayor presencia estatal (incluyendo explotaciones en manos de empresas nacionales), aumento de regalías o tributos, y otros controles. En líneas generales, los gobiernos buscan captar una mayor proporción de los excedentes de las exportaciones de materias primas. Este estilo ha sido denominado extractivismo progresista.

De todos modos, esto no ha impedido que las economías latinoamericanas en muchos casos se primarizaran todavía (incluyendo la de Brasil), aunque consiguieron mayores ingresos por el comercio exterior.

El avance de los extractivismos se ha convertido en uno de los principales factores de presión ambiental en los ecosistemas latinoamericanos, incluyendo impactos locales (como en la minería o hidrocarburos) o expandidos (como el avance de la agricultura intensiva). A su vez, genera impactos sociales de diferente tenor, desde desplazamiento de comunidades o situaciones de violencia. En el último año en todos los países sudamericanos se registraron conflictos ciudadanos frente a los extractivismos. Además, en todos los países sudamericanos con pueblos indígenas se han reportado violaciones de sus derechos asociadas a distintos extractivismos.

Bajo este tipo de dinámicas, los extractivismos se han vuelto factores que explican muchos de los nuevos conflictos presentes en América Latina, tanto bajo gobiernos conservadores como progresistas.

Ante esta situación, una primera cuestión clave es discernir por qué los gobiernos progresistas vuelven a caer en un estilo de desarrollo basado en exportar materias primas a los mercados globales. Y adicionalmente, cuáles son las razones por las cuales este comportamiento sigue recibiendo adhesiones ciudadanas.

Permanencias en el desarrollo

Pasando a un análisis más profundo, puede verse que más allá de las variedades en los desarrollos latinoamericanos hay elementos comunes que se repiten en todos los casos. Precisamente esto deja en evidencia los extractivismos. Todos los gobiernos defienden una apropiación intensiva de la Naturaleza, minimizan los impactos ambientales, y se embarcan en estrategias económicas que se basan en exportar materias primas. Las diferencias radican en los modos bajo los cuales se organiza esa apropiación (por ejemplo, liberada a las empresas privadas o en manos estatales), la captura de excedente y los usos que se harán de esos dineros (donde aparecen los bonos de compensación económica). Todos los gobiernos se enfrentan a los movimientos sociales que se resisten al extractivismo; unos lo hacen directamente con el empleo de fuerzas militares o policiales, otros apelan a criminalizar o judicializar la protesta.

Las tensiones mayores se observan en el campo progresista. A diferencia de las posturas de la izquierda clásica latinoamericana, los actuales gobiernos defienden las economías de enclave y las exportaciones de materias primas. Pero se defiende el desarrollo como una forma de crecimiento económico, donde los principales motores son los ingresos por inversiones y las exportaciones. A su vez, se festeja una calidad de vida basada en el consumo material, donde la avalancha de importaciones de mercaderías baratas ha jugado un papel importante. El consumismo crece, pero no se logran resolver problemas estructurales en violencia urbana, educación y cobertura de salud.

Este tipo de desarrollo, deja a los gobiernos en un papel subordinado a los mercados globales (no determinan los precios de los principales productos, no controlan las reglas de comercio global, etc.).

Esta es una de las principales razones por las cuales si bien hay una fuerte retórica sobre la integración continental, las medidas efectivas y concretas de articulación económica son muy escasas.

Estos y otros aspectos muestran que los elementos básicos que sostienen las ideas del desarrollo siguen presentes. Nos enfrentamos a un acotado marco, tanto político como cultural.

Las nuevas tensiones y contradicciones

Entre las nuevas contradicciones y tensiones actuales se pueden mencionar algunas. Comencemos por señalar que los gobiernos progresistas, defienden el crecimiento económico como una expresión esencial del desarrollo. Consecuentemente, entienden que los extractivismos son componentes indispensables para alcanzar esas metas. Por lo tanto, las críticas y resistencias a los proyectos mineros, petroleros o agrícolas, son en el fondo trabas al desarrollo. Han sido calificados incluso como infantilismos de izquierda, propio de una burguesía de izquierda, etc. etc.

En algunos gobiernos progresistas se han enfocado en redefinir las apuestas de cambio radical que ellos mismo sostenían tiempo atrás. Esto ocurre en Bolivia, con la redefinición del Vivir Bien como “desarrollo integral”, y en Ecuador donde el Buen Vivir es una variedad de “socialismo”.

Están en marcha cambios importantes en los conceptos sobre la justicia social. Los gobiernos progresistas para poder seguir autodefiniéndose como izquierda apelan cada vez más a las compensaciones económicas. Pero para ello requieren nuevos proyectos extractivistas, los que a su vez generan nuevos impactos sociales y ambientales. No se pone en duda que los pagos mensuales en dinero son muy importantes, pero éstos no pueden convertirse en el elemento central de la justicia social. Los gobiernos progresistas están encogiendo la justicia social a unos pocos instrumentos económicos. En algunos casos parecen haber renunciado de cambios radicales en educación, salud o violencia.

Se está configurando una nueva variedad de Estado, denominado de compensación. Este busca generar equilibrios entre sus concesiones al capital, por ejemplo para asegurar las ventajas económicas de los extractivismos, y limitaciones que usa para reducir la conflictividad social y la pobreza aguda (por ejemplo, imponiendo regalías más altas). De esta manera, el Estado prioriza funciones de compensación de los efectos más negativos del capitalismo. Este Estado compensador no busca crear una nueva variedad de Estado de bienestar propio de América Latina, ya que posee limitaciones importantes en los derechos ciudadanos.

Existe además un componente de cierta petulancia de muchos funcionarios estatales. No es una cuestión menor que en muchos países, figuras claves del campo de la sociedad civil ahora se desempeñan en presidencias, ministerios y otras agencias. Tampoco debe olvidarse que algunos de ellos se han convertido en los principales cuestionadores y contendientes de las organizaciones ciudadanas. Pero a la vez, las administraciones progresistas no han sido particularmente exitosas en cuanto a eficiencia o innovación en la gestión pública.

A su vez, tanto los gobiernos conservadores como progresistas siguen implantando diversas condicionalidades sobre los derechos. Esta situación es más aguda en los países bajo administraciones conservadoras. Pero como las resistencias a diversos emprendimientos, especialmente extractivismos, también se repite en otros países, en ellos se han generado respuestas estatales más enfocadas en criminalizar y judicializar la protesta (por ejemplo, el programa X de Argentina). Un nuevo avance está en marcha en Ecuador para limitar las formas de organización ciudadana, y en Bolivia y Uruguay en el acceso y transparencia de la información.

En líneas generales, las tensiones más intensas se dan frente a temas de género, ambiente y derechos de pueblos indígenas.

Los gobiernos progresistas han acentuado en todos los casos sus democracias como “democracias delegativas”. Estas son esencialmente electorales, bajo un fuerte presidencialismo, y donde se limitan por diversas maneras las formas de consulta, información y participación regular de la ciudadanía. El empuje de los liderazgos fue importante para lanzar procesos de cambio, pero ahora genera reglas, condicionalidades y limitaciones en radicalizar la democracia.

La nueva frontera de las alternativas

Los ejemplos que se acaban de presentar muestran las dificultades y limitaciones actuales que enfrenta la construcción de alternativas. Está repleto de paradojas. Por ejemplo, si bien ha resucitado el debate sobre el desarrollo, esto ha desembocado en reforzar la creencia en un desarrollo como crecimiento económico, donde ya no habría alternativas a esa condición.

La situación se hace mucho más compleja ya que los gobiernos progresistas se presentan a sí mismos como “la alternativa”. Las opciones de cambio por fuera de éstos son entendidas, y denunciadas, como regresos a posturas neoliberales, o infantilismos intrascendentes. En esto índice también el componente de petulancia (como muchos miembros de los gobiernos se sienten parte del “pueblo”, ellos ya “saben” lo que ese pueblo quiere, y por lo tanto no necesitan consultarle).

Aquí se postula que es necesario romper ese cerco. Existen alternativas más allá del progresismo, y que no implican un regreso hacia atrás. El reconocimiento de esta situación implica despejar algunos elementos de las situaciones actuales.

Algunos califican a los gobiernos progresistas como nuevas formas de neoliberalismo o análogos dado el tipo de desarrollo que siguen, especialmente por los extractivismos (e.g. R. Zibechi). Esta es una postura equivocada, que por un lado muestra una interpretación errada sobre el neoliberalismo, y por el otro no asume que los progresismos poseen atributos imposibles bajo aquella condición.

También abundan análisis superficiales sobre estos gobiernos, donde sólo se reconocen algunos de sus atributos pero poco o nada se dice sobre sus condiciones. A veces, algunas posiciones se vuelven muy superficiales, más interesados en el apoyo partidario que en un análisis crítico independiente (por ejemplo, E. Sader al calificar que las movilizaciones ciudadanas en Brasil eran una expresión de derecha, o A. Borón que hace “geopolítica” pero sólo de EE.UU. y casi nada dice sobre las asimetrías frente a Brasil o China).

El momento actual requiere de nuevos análisis. No se pueden transplantarse las formas de análisis y crítica de las décadas de 1980 y 90 a la situación actual. La estructuración del desarrollo actual muestra nuevas facetas, y la existencia de gobiernos progresistas

La nueva frontera se encuentra, por lo tanto, en debatir sobre las “alternativas al desarrollo”, en el sentido de buscar opciones que estén más allá del núcleo de ideas compartidas por todas las variedades del desarrollo. En la actualidad, la corrientes conservadoras, liberales y socialistas, discuten “desarrollo alternativos”, en el sentido de ser variedades dentro de esas ideas básicas del desarrollo, tales como crecimiento o progreso.

Muchas de las resistencias sociales y denuncias al extractivismo justamente ponen esto en evidencia, ya que reclaman salidas a cualquiera de esas variedades de desarrollo. En el caso latinoamericano, estas “alternativas al desarrollo” son, por lo tanto, post capitalistas y post socialistas a la vez. En esas exploraciones se cuenta con aportes claves como las ideas de Buen Vivir o los derechos de la Naturaleza. No es un tema menor que esos y otros aportes impliquen un cambio radical en cómo se reconocen los valores, y en el sentido de las relaciones con el ambiente.

Entre algunos de los temas actuales en discusión en algunos países se encuentra la construcción de alternativas post-extractivistas, la reapropiación de las ideas del Buen Vivir, las vías para trascender el

desarrollo como una expresión cultural de la Modernidad, las formas de radicalización de la democracia, etc. Este escenario no es el de una falta de alternativas al desarrollo, sino que hay varios intentos en marcha, y una buena parte de ellos está ocurriendo a nivel de algunos movimientos sociales. Una tarea importante es articular esos esfuerzos, y ampliarlos a nuevos actores.